



Reseña libro “*Ritual y Palabra*” de Pedro Morandé (*)

Nombre: Pablo Ortúzar Madrid (**)
Universidad: Universidad de Chile
Ciudad: Santiago
País: Chile
Correo: pablo.ortuzar.madrid@gmail.com

Algunos debates académicos caen en desgracia debido a la refutación, según paradigmas generalmente aceptados, de argumentos que forman parte de su estructura, piénsese en muchas teorías biológicas del pasado o en el darwinismo social. Otros son tan intensamente explotados durante algunos periodos que caen en el campo del cliché y de la obviedad como las teorías sobre el desarrollo. Un tercer grupo, finalmente, sufre un extraño destino: el abandono, es decir su relegamiento a la marginalidad sin haberse agotado, por una u otra vía, sus posibilidades. Con el paso del tiempo, muchas teorías y temas de discusión pasan de una a otra de éstas categorías sufriendo algunos rescates y, las más de las veces, nuevas zozobras.

El panorama intelectual chileno es una especie de mar de los sargazos de los esfuerzos intelectuales. Lo que más abundan son los naufragios de pequeñas empresas académicas que en otras latitudes abrían sido seguramente acogidas no sólo por las discusiones de las aulas sino por el debate público. Sin embargo, se persiste, nadie sabe muy bien a razón de qué, en emprenderlas con algo de resignación. Ya le decía el viejo Andrés Bello al joven historiador Diego Barros Arana: “Escriba joven sin miedo, que en Chile nadie lee”.

Lo que ocurre es que el interés académico, tan relacionado a los procesos sociales, funciona como una linterna que va alumbrando ciertos ámbitos de la realidad y dejando otros en penumbras. Así, no existen verdaderos “apagones culturales” sino desplazamientos del foco del interés. Uno puede ver que una gran cantidad de debates construidos en los años setentas y ochentas del siglo XX en el ámbito de las ciencias sociales y las humanidades desaparecen con el llamado “retorno a la democracia” y la posterior “transición democrática”, y son remplazados por asuntos nuevos, las más de las veces de corte práctico.

(*) Morandé, Pedro (2010). *Ritual y Palabra*. Ediciones del Instituto de Estudios de la Sociedad, IES, colección Vanguardia: Santiago de Chile.

(**) El autor es Antropólogo Social de la Universidad de Chile y candidato a Magíster en Análisis Sistémico Aplicado a la Sociedad, de la Universidad de Chile.



Entre aquellas discusiones dejadas en el tintero desde esa época, la de la religiosidad popular y su vínculo con la identidad cultural latinoamericana y, en particular chilena, ocupa quizás un lugar privilegiado. Y dentro de ese debate Pedro Morandé es sin duda el exponente de mayor nivel, razón por la cual se volvía una necesidad recuperar sus escritos menos conocidos.

Mientras escribo estas líneas tengo frente a mí una fotocopia de una fotocopia de una fotocopia archivada llena de subrayados, comentarios, cálculos, números de teléfono y reuniones garabateadas. Entre los varios nombres y firmas de su portada destacan un título: *“Ritual y Palabra: Aproximación a la religiosidad popular latinoamericana”*; un nombre: Pedro Morandé; un lugar y fecha: Lima, 1980, y una institución a cargo de la edición: Centro Andino de Historia. En su interior, diagramada a máquina de escribir, se encuentra la hasta ahora única versión disponible del resumen, hecho por el propio autor, de la tesis doctoral que entregara a la universidad de Erlangen, en Nürenberg, el año 1979, titulada *“Synkretismus und offzielles Christentum in Lateinamerika. Ein Beitrag zur Analyse der Beziehung zwischen ‘Wort’ und ‘Ritus’ in der nachkolonialen Zeit”*. Por años copias de este tipo han circulado entre los estudiantes que tuvimos la suerte de hacer contacto con “la” copia. Esta nueva edición viene a sanar ese déficit.

Pero rescatar un libro para el presente es una acción que requiere un movimiento doble: debemos fijar, más o menos, el marco de su creación para luego proponer su relevancia actual en un marco distinto. Las indicaciones para este complejo trabajo de genealogía e injerto conducido por el propio autor, que fija como mapa para la lectura de este libro el documento número 29 del Consejo Episcopal Latinoamericano titulado *“Iglesia y Religiosidad Popular en América Latina”*, editado en 1977, que recoge las ponencias y conclusiones del encuentro realizado por esos años con objeto de *“estudiar, analizar y sacar líneas de acción, recomendaciones sobre el tema de la pastoral popular”*. Pedro Morandé participó en dicha reunión, llevada a cabo en Bogotá, con una exposición titulada *“Algunas reflexiones sobre la conciencia de la religiosidad popular”*, que incluimos en esta edición. Sin embargo, la exposición que al autor considera la clave para comprender su escrito es la de su gran amigo, recientemente fallecido, Alberto Methol Ferré, que lleva por título *“Marco histórico de la religiosidad popular”*. Como anécdota, hay que agregar que ellos eran los únicos laicos de un equipo de trabajo que contaba con personajes tan destacados como Renato Poblete SJ y Joaquín Alliende.

A continuación, entonces, procederemos a reconstruir el “ambiente intelectual” del cual es tributario *“Ritual y Palabra”*; explicaremos la propuesta de Morandé y luego la evaluaremos de frente a nuestra época actual.

Alberto Methol Ferré, los bordes y contextos de una discusión

En su escrito, Alberto Methol Ferré intenta delimitar a grandes rasgos los procesos y elementos que configuran la relación entre Iglesia y religiosidad popular latinoamericana con la profunda convicción de que un nuevo momento, reivindicativo de esta forma de religiosidad, se estaría abriendo en Latinoamérica en lo que entiende como un segundo período post-conciliar (en relación al concilio vaticano segundo realizado entre 1962 y 1965). El autor parte por plantear la



constitución histórica de América Latina como un encuentro entre tradiciones indígenas, africanas e hispano-lusitanas cuyo signo es el mestizaje y que, para ser explicado y entendido, requiere remitirse a la historia universal dada la diferencia importante de desarrollo -grados de complejidad- de las formas culturales de cada una de estas tradiciones. Así, entender el fenómeno religioso generado en nuestro continente exige una investigación enraizada en una historia general religiosa.

Tal historia debe tener en occidente necesariamente como eje a la Iglesia Católica, que “nace en el punto más dinámico, Medio Oriente y Mediterráneo, ya avanzada la tercera etapa agraria, entre los dos centros originarios irradiantes, que son el mesopotámico y el egipcio” (Methol, 1977: 55). Dicha génesis tiene una importancia radical llegado el encuentro de dicha tradición con los mundos americanos y africanos, marcado por la “ley de correlaciones estructurales entre formas religiosas análogas” (Methol, 1977: 55). Incluso, señala el autor, estas formas podrían tener parentescos históricos remotos pero presentes, dado que la Iglesia llevaría en su seno “innumerables vestigios, formas e incluso gestos, que se van no sólo a encontrar, sino a ‘reencontrar’ al ponerse en contacto” (Methol, 1977: 55). Esto implica no ceder a la idea de una radical heterogeneidad de la Iglesia de Cristo, no obstante su novedad, en relación a formas religiosas paganas y discernir, caso a caso, “hasta qué punto una forma de origen pagano está transfigurada en una totalización cristiana y a la inversa” (Methol, 1977: 56).

Esa congruencia estructural y genética será el trasfondo de la hegemonía que en las formas de religiosidad popular católicas latinoamericanas alcanzarán las formas de religiosidad popular medievales hispano-lusitanas, salvo escasos enclaves. Formas que fueron acuñadas por los pueblos español y portugués durante el medio milenio anterior al descubrimiento de América, que se iniciaría en el siglo XI con Sancho el Mayor y el inicio de la europeización de los rústicos reinos cristianos del norte, “gran eclosión cristiana del mundo germánico-romano, principalmente a través de las órdenes de Cluny y luego de Cister”, configurándose desde ese momento “un nuevo mundo cristiano, que alcanza nuevas expresiones y creaciones (...) lo propiamente medieval” (Methol, 1977: 56).

Este proceso, dado sobre el “catolicismo penitencial” de los monjes irlandeses, marcadamente veteroestamentarios, da paso a partir de Cluny, a una síntesis en un “catolicismo de lo maravilloso” para el cual la experiencia primordial de lo sagrado era la del sumo poder, desbordando el milagro continuo de la creación en una multitud de milagros tangibles. La Iglesia rebelaba así que lo santo todopoderoso es la radicalidad del Amor, pero Dios era considerado un abismo inaccesible. Por lo tanto, las mediaciones son indispensables para salvar las proporciones entre lo divino y lo humano, constituyendo lo supremo “el milagro eucarístico”, la presencia de Cristo en la eucaristía, y reuniéndose luego la adoración del Santísimo Sacramento, las procesiones de Corpus Christi y la presencia de la constelación de María y los santos (de origen Bizantino definido en el segundo Concilio de Nicea) en torno a esa “presencia maravillosa y cotidiana de la encarnación” (Methol, 1977:62). En su conjunto, un universo medieval germano-



romano “estético y lírico, pletórico de imágenes y canciones” en el que “prolifera santuarios, romerías, fiestas” (Methol, 1977: 62).

Ése fue el catolicismo que se encontró con las religiones paganas del continente americano y que luego de una etapa de persecución y ocultamiento entrara en la más larga y fecunda etapa del sincretismo durante la colonia, “dialéctica de conquista y evangelización, la cruz y la espada”, que el autor llamará “síntesis barroca” (Methol, 1977: 63).

La relación entre una religión y las otras pasa, de acuerdo a Methol Ferré, por dos etapas: primero de desprecio por la “idolatría insoportable” de los indios y luego una comprensión de las correspondencias existentes, “semillas del Verbo”. Los métodos de la evangelización siguieron las más variadas vías de la expresión cultural y los mitos paganos encontraron respuesta en las vidas de los santos y la imagen de la Virgen.

Con el barroco, “tanto una afirmación exuberante de la naturaleza, como de su vocación sobrenatural, en movimiento incesante (...) lanzado a la desmesura y el color, con espíritu comprometido, militante, propagandístico, persuasivo, dramático y glorificador de la Iglesia, y del Creador y Salvador”(…) “nace América Latina” (Methol, 1977: 64). El proceso posterior, durante el siglo XVIII, sumerge ese mundo en la llamada “ilustración católica”, ajena a la religiosidad popular y de formas más sobrias y moralistas, la cual “aunque filantrópica, fue ajena al pueblo (...) todo para el pueblo, pero sin el pueblo. Y el pueblo siguió en sus antiguos cauces sin realimentación intelectual”, comenzando “el mayor cisma entre élites y pueblo, que aun no está cerrado en América Latina” (Methol, 1977: 65). Así, el siglo XIX comienza con una Iglesia desmantelada, la intervención de un papado que jamás había podido ejercer demasiada influencia en estas tierras y la romanización de las elites de la Iglesia, a contrapelo de la religiosidad popular.

La “restauración romántica” generará entonces “una especie de neobarroco” y culminará con el Concilio Vaticano primero y el Concilio Latinoamericano de Roma de 1899, carente de una dinámica creadora y lejana a la religiosidad popular, siendo el Concilio Vaticano segundo el reflejo de un nuevo impulso caracterizado por el “redescubrimiento” de la inteligencia teológica latinoamericana del pueblo, adquiriendo autoconciencia histórica y robusteciéndose nuevamente las raíces populares que alimentan a la elite, que sin ellas “gira en vacíos puramente verbalistas, condenándose a un acartonamiento del alma, por más revoltosa que se vuelva para cubrir su propia nadería” (Methol, 1977: 48).

Pedro Morandé y el problema del encuentro

“Ritual y Palabra” se sumerge entonces en el problema del encuentro, la síntesis y el sincretismo. Lo que Methol Ferré trata en un par de párrafos aquí es extendido y penetrado buscando responder el “cómo” de ese proceso, de ese encuentro, y el “por qué” del éxito de semejante empresa. En este libro el autor constata la incompatibilidad profunda entre las religiones negras e indígenas y la religión cristiana, dadas las diferencias que hacían que cosas como la existencia de un mediador divino que operase la redención del género humano, o el



papel del hombre que el catolicismo le asignaba frente a la divinidad, resultasen prácticamente intraducibles e intransmisibles. Esto constituye una realidad con la que las propuestas genéticas y estructurales esbozadas por Methol Ferré difícilmente se ven capaces de lidiar para llegar a una explicación satisfactoria respecto a cómo se salvaron dichos obstáculos.

El camino a la respuesta frente a este problema será allanado a partir de la distinción introducida entre religiones cúllicas y religiones de la palabra. Las primeras se abandonan a la eficacia de la fe para asegurar la reconciliación del hombre con lo trascendente, mientras que las otras definen su relación con la divinidad a través de la eficacia simbólica de los rituales, operando el sincretismo entre éstas dos formas religiosas especialmente a partir de la institución de la hacienda. En efecto, esta institución mantiene aspectos fundamentales de la economía cúllica indígena, al mismo tiempo que establece relaciones mercantiles entre sus productos, desconocidas para las formas anteriormente existentes del culto, constituyéndose así en síntesis, 'Polis' del nuevo continente y manteniendo este carácter aún mucho después de su desaparición como unidad productiva de las economías criollas.

"Algunas reflexiones sobre la conciencia en la religiosidad popular", texto presentado por Morandé en el congreso CELAM mencionado y también incluido como "bonus track" en esta edición, profundizará en el asunto de la vinculación entre la religiosidad popular, la hacienda y la identidad nacional chilena tomando como eje el culto mariano que opera como conciencia de un destino común y reflexionando respecto a sus posibilidades. Así, complementa y expande los alcances y la reflexión de "Ritual y Palabra".

Un debate para nuestros días

¿Qué importancia podría tener hoy una discusión respecto a las formas religiosas que operarían como fundamento de nuestra representación del mundo? ¿Qué podrían importar su génesis, su historia y su vigencia? ¿En qué podría cambiar nuestra realidad semejante reflexión?

El Chile que recibe el bicentenario parece un país muy diferente del Chile de 1980. Hoy somos una sociedad más secularizada y pragmática, dirigida por elites prácticamente ausentes, obsesionada con el crecimiento económico y movilizadora en forma permanente por las fuerzas del mercado. El consumo en abundancia, esa situación que nos fue esquivo por siglos, ha dado su mano a torcer a los créditos de consumo y el afán de ostentación ha encontrado correlatos materiales más dignos y globalizados que aquellos miserables y pueriles bienes de lujo de los años ochenta. Nos hemos ido convirtiendo, de la mano de nuestro modelo económico, en una sociedad de masas.

Sin embargo, en los límites superiores de nuestro desarrollo y desarrollismo nos encontramos continuamente con cachivaches y problemas de variado tipo que no ceden a explicaciones fundadas en cálculos de racionalidad instrumental, búsqueda de la maximización ni manuales de administración y/o autoayuda. Tenemos una especie de entretecho molesto lleno de antigüedades y tradiciones al que llamamos "cultura" o, más corrientemente, "problemas



culturales”, de entre las cuales nuestras concepciones religiosas y sus derivados e implicancias forman parte fundamental.

Por supuesto, muchos han optado por plantear que dicho entretecho no contiene más que basura que, con suerte, podría ser de utilidad para algún nostálgico de privilegios del pasado hoy extintos o para quien buscara beneficios en el “mercado de la identidad”. En todo caso, nada serio: lastre a nuestro pleno desarrollo fundado en la diferenciación funcional y la cultura de masas.

El problema surge cuando comenzamos a preguntarnos si es que todo ese cachureo obedece a alguna lógica y si, en tal caso, podríamos estar siendo constreñidos realmente por ella ¿Hay método en esta locura? ¿Estamos o no en la senda de Suecia o Estados Unidos? ¿Afectarían algo ese camino nuestras creencias religiosas y las prácticas derivadas de ellas?

El problema del vínculo humano debería ser uno de los ejes reflexivos para todo país que entiende “progresar” como un transformar para bien las relaciones entre las personas dentro de un país o territorio.

En el caso de Chile rara vez se ha tratado con seriedad este asunto y es un tema delicadísimo en el que es muy fácil caer en clasificaciones maniqueas guiadas por intereses propagandísticos. Sin embargo, no es ese motivo para abandonarlo. Como bien mostró Angélica Thumala con su libro titulado “Riqueza y piedad. El catolicismo de la elite económica chilena” (Random House Mondadori, Santiago de Chile, 2007), los estudios serios respecto a cómo las concepciones religiosas legitiman ciertas prácticas y modos de vida pueden abrir camino a reflexiones de inmenso valor.

El cómo consideramos al otro en nuestra práctica cotidiana condiciona el tipo de sociedad que constituimos. Por eso, sin comprender la forma de los lazos sociales que unen moralmente a un grupo humano difícilmente podremos entender la mayoría de sus prácticas cotidianas: estos vínculos empapan todo, todo lo atraen hacia su forma y lo moldean.

De tal modo, que según tal o cual índice seamos un país “desigual” o “semi-desarrollado” no nos dice mucho respecto a lo que realmente está ocurriendo en este lugar. Penetrar en la densa trama de relaciones y sus cualidades es el verdadero desafío explicativo.

Tratar sobre la forma de los vínculos es tratar, finalmente, de la forma que adquiere el poder en determinados contextos, sabiendo que el poder se convierte en autoridad sólo cuando logra legitimar cierto modo de darse. Ese modo es, justamente, aquello que debe concitar nuestro interés. En ese ejercicio el estudio de lo sagrado y de la religiosidad son poderosísimas claves explicativas: en lo separado reside normalmente el sentido de la forma que adquiere lo que queda unido por esa separación.

Chile ha sufrido enormes transformaciones en muy pocos años y ellas no han sido sólo materiales, sino principalmente “espirituales”: cambios importantes en el plano del sentido. Intentar entenderlos, evaluarlos y tomar de ellos sólo lo bueno es un desafío para las nuevas generaciones.



Rescatar a quienes abrieron los caminos de éstas preguntas, ir hacia las señales que quedaron suspendidas, resulta un viaje obligado para quien busque respuestas a estas preguntas. Ello justifica, plenamente, esta nueva edición de “Ritual y Palabra” para las nuevas generaciones.